

La Comédiathèque

Las Pirámides

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Las Pirámides

Jean-Pierre Martinez

En un lugar cerrado y misterioso, que podría ser un asilo de locos... o el teatro del mundo, se encuentran detenidos algunos parias que han perdido la Fe. La Fe en Dios, pero también la creencia en todos los principios sobre los cuales se basa nuestra sociedad. ¿Y si el propio creador ya no creyera en su creación? Es urgente motivar nuevamente a estos incrédulos antes de que un escepticismo contagioso provoque el colapso general del sistema.

Personajes

Director

Asistente

Autor

Actriz

Dado que los personajes de esta obra simbólica son arquetipos, sus géneros son más o menos indiferentes. Los indicados en esta versión son solo orientativos y se pueden cambiar según las necesidades o elecciones de distribución de cada grupo teatral.

© La Comédiathèque

Un vestíbulo impersonal, con un mostrador de recepción en el centro. Por encima, un cuadro que representa a un hombre con una larga barba blanca, que podría ser Dios Padre o Papá Noel. Una mujer, la asistente, está de pie detrás del mostrador, mirando una pantalla. Lleva un uniforme militar. Un hombre, el director, llega. Lleva una especie de sotana. Los disfraces, los decorados y el cuadro no necesariamente son realistas, ya que la obra en sí es más bien simbolista. Todo el escenario puede ser futurista y representar un lugar de culto, donde el mostrador de recepción sería el altar. Los espectadores serían entonces los fieles reunidos para este extraño oficio. La música contribuirá a crear un ambiente un poco burlesco y fantástico.

Director – Busca y encontrarás... Ya te digo... He buscado por todas partes y no lo he encontrado...

Asistente – Yo tampoco lo veo en las cámaras de vigilancia.

Director – Sin embargo, realmente falta a la llamada.

Asistente – ¿Crees que podría haber saltado la valla?

Director – ¿La valla? ¿Te refieres a las murallas?

Asistente – Tienes razón... Siempre nos dijeron que no había nada más allá de las murallas.

Director – Me pregunto para qué sirven...

Asistente – Y contra quién se supone que nos protegen.

Director – ¿Contra quién... o contra qué?

Asistente – ¿Contra qué?

Director – Estas murallas, ¿son para prevenir una invasión... o una fuga?

Asistente – Tal vez ambas cosas.

Director – En fin, hay que poner límites.

Asistente – Y restricciones.

Director – Como dicen... cruzadas las líneas, no hay más fronteras.

Asistente – A veces también me siento atrapada en mí misma, como en un sepulcro, rodeada de una muralla invisible. Dentro, soy todopoderosa. Pero fuera, no soy nada...

Director – Nunca lo había pensado en esos términos, pero tienes razón... Todos estamos encerrados vivos en una pirámide, recorriendo a tientas un oscuro laberinto en busca de una grieta que deje pasar algo de luz.

Asistente – Cada uno de nosotros es el dios de su propio mundo, y desde estas aspilleras que llamamos ojos, contempla la infinidad de universos más o menos hostiles que lo rodean. Mientras espera la colisión accidental con otro planeta... y la fatalidad final de ser tragado por un agujero negro.

Director – Bueno... pero eso no nos dice por dónde se ha ido.

Asistente – Si esta muralla es infranqueable, ¿cómo es posible que ya no esté aquí?

Director – Si siempre ha estado aquí, no podría haber salido.

Asistente – Y si no siempre ha estado aquí, ¿cómo pudo entrar?

Director – Sin embargo, es un hecho. Falta una pieza en este gigantesco juego de ajedrez. Y esta ausencia podría arruinar toda la partida.

Asistente – ¿Una pieza?

Director – Una pieza clave.

Asistente – El rey.

Director – El gran arquitecto del universo. El que diseñó los planos.

Asistente – Con un ser supremo que falta, todo se desmorona...

Director – Per si estaba aquí ¡ya que él construyó ese muro!

Asistente – ¿Él, estás seguro?

Director – O quizás, después de construirlo, se quedó atrapado del otro lado.

Asistente – ¿Atrapado fuera?

Director – Tienes razón, esto parece una locura...

Asistente – Entonces, ¿podría haber algo al otro lado del muro? ¿Alguien?

Director – ¿Cómo saberlo? No hay ventanas en estas murallas, supuestamente para protegernos de la nada que amenaza con invadirnos.

Asistente – Ninguna abertura. Ni siquiera un ojo de buey...

Director – Pero no, vamos... No hay nada en el más allá. El mundo es como un calcetín viejo. Por mucho que lo volteas, solo hay una manera de meter el pie.

Asistente – Sí... pero si el calcetín tiene un agujero, siempre puede escaparse un dedo.

Director – ¿Una brecha en la muralla...? ¿Por donde podría colarse el vacío?

Asistente – Queda por saber quién tejió el calcetín...

Un momento.

Director – Al final, reaparecerá, como siempre.

Asistente – Hasta ahora, siempre ha sido así.

Director – Entonces, solo queda esperar.

Asistente – Y rezar... Pero, ¿a quién?

Director – Venga, vamos a tener fe...

No parecen muy convencidos, pero intentan persuadirse.

Asistente – Ya no me acuerdo... ¿Para qué estaba aquí exactamente?

Director – Como todos los demás, ¿no? Una crisis de...

Asistente – Una crisis de hígado...? Vaya... No sabía que tratábamos también este tipo de dolencias. Aunque, claro, los escritores siempre beben mucho, eso es conocido.

Director – Ah, no, pero no una crisis de hígado... Más bien... una crisis de fe. No creía más en nada...

Asistente – Ah, sí, claro... Espero que al menos no sea contagioso...

Director – De todas formas, créeme, es más fácil dejar de beber que volver a creer.

Asistente – Sí, la fe es como la línea; cuando la pierdes, es muy difícil recuperarla.

Director – Es tan cierto lo que dices. Y tan bien dicho. A veces me pregunto de dónde sacas todas esas cosas...

La asistente mira al director, claramente dudando si debe tomar esta observación al pie de la letra o no.

Asistente – Entonces... era un interno.

Director – O un socio, no lo recuerdo. (*Preocupado*) Tal vez un administrador. O incluso el director...

Asistente – ¿El director? ¡Pensé que eras tú!

Director – Soy solo el director interino.

Asistente – Ah, sí, me lo imaginaba...

Él la mira a su vez, preguntándose qué quiso decir con eso.

Director – De todas formas, es el autor...

Asistente – Sí, es problemático... Y, ¿cómo es físicamente?

Director – Eso no se sabe muy bien... Hace tanto tiempo que nadie lo ve. En los retratos robot, tiene una barba larga.

Asistente – ¿Los retratos robot? ¿Te refieres... al gran cuadro que está colgado en este vestíbulo, por ejemplo?

Ambos contemplan el cuadro.

Director – Ahora podría ser una barba postiza.

Asistente – O tal vez ese cuadro es simplemente falso.

Director – Un falso barbudo en un cuadro falso...

Asistente – No nos ayuda mucho...

Director – Y sobre todo, después de todo este tiempo, podría habérsela cortado.

Asistente – ¿Cortado...?

Director – ¡Su barba falsa!

Asistente – Con tijeras falsas...

Director – No va a ser fácil reconocerlo.

Asistente – No...

Director – Imagínate a Papá Noel sin su barba... Verdadera o falsa... ¿Lo reconocerías?

Asistente – Pero Papá Noel, él no existe, ¿no estamos de acuerdo?

Director – Estamos de acuerdo.

Una pausa.

Asistente – ¿Has mirado hacia el lado izquierdo y el lado derecho?

Director – Hacia el lado derecho, solo vi enanos...

Asistente – Sabes que ahora se dice personas de baja estatura...

Director – En ese caso, solo vi... personas de baja estatura de jardín.

Asistente – ¿Te refieres a enanos de jardín?

Director – Voy a ver si está en el lado izquierdo. Si no, tendremos que tomar medidas más radicales...

Sale por el lado izquierdo. La asistente vuelve a centrarse en la pantalla. Un hombre, el autor, llega. No tiene barba. Lleva pantalones cortos y una camisa con flores. No lleva zapatos. Uno de sus pies está descalzo y el otro con un calcetín con un agujero. Deambula por el vestíbulo, pareciendo desorientado. La asistente finalmente se da cuenta de su presencia.

Asistente – Señor, ¿puedo ayudarle?

Autor – Ya no sé qué día es... ¿Qué día es hoy, exactamente?

Asistente – ¿Exactamente? Hoy es domingo, señor. Domingo, muy exactamente.

Autor – ¿Domingo...? ¿Está segura?

Asistente – Pues... Ayer también fue domingo, ¿verdad?

Autor – Pero entonces, en ese caso, hoy sería...

Asistente – Sepa, señor, que en esta noble institución todos los días son domingo...

Autor – Ah, sí... *(Para sí mismo)* Debe ser aburrido de narices entonces.

El autor mira a su alrededor, desconcertado.

Asistente – ¿Busca algo? ¿O a alguien...?

Autor – La verdad... ya no estoy muy seguro.

Asistente – ¿Ya no sabe lo que busca?

Autor – ¡Ni siquiera sé quién soy! ¿Lo sabe usted?

Asistente – La verdad... no. ¿Debería?

Autor – Entonces no soy alguien famoso.

Asistente – Eso, no lo sé...

Autor – Si fuera famoso, me reconocería, ¿no?

Asistente – Hay gente famosa cuyo rostro no se conoce, ¿sabe?

Autor – ¿Ah, sí? ¿Quién, por ejemplo?

Asistente – No sé... Jesucristo, Napoleón, Jean-Pierre Martinez...

Autor – ¿Napoleón?

Asistente – Si se cruzara con Napoleón por la calle, ¿lo reconocería?

Autor – Probablemente no...

Asistente – En cuanto a Jesucristo, como foto de la época, solo tenemos la Sábana Santa. Y la imagen está bastante borrosa...

Autor – Martinez, decías... Ese nombre me suena un poco.

Asistente – Puede que yo conozca el suyo.

Autor – ¿El mío...?

Asistente – ¡Su nombre! ¿Tiene algún documento de identidad?

Autor – No sé... ¿Un documento de identidad? ¿Para qué sirve? ¿Para recordarte quién eres?

Asistente – Y sobre todo para demostrar a los demás que tienes derecho a existir.

Autor – Entonces, si no tienes una tarjeta, ¿no tienes identidad? ¿Y no tienes derecho a existir?

Asistente (*de repente, autoritaria*) – Sus documentos, por favor.

Él rebusca en sus bolsillos y saca una tarjeta de visita.

Autor – Tengo esto...

Asistente – Muéstrémelo... (*Ella toma la tarjeta que él le tiende y la examina*) Esto es más bien una tarjeta de visita...

Autor – ¿Una tarjeta de visita? ¿Qué es eso ahora?

Asistente – Eso es para demostrar a los demás que además de existir, no eres cualquiera.

Autor – Entonces, según usted, yo sería alguien importante...

Asistente – Depende de lo que dice su tarjeta de visita. (*La asistente examina la tarjeta de visita*) Ah sí, ya veo...

Autor – ¿Ve qué?

Asistente (*leyendo la tarjeta*) – Dios... Entonces, ¿es usted!

Autor – ¿Yo?

Asistente – Le estábamos buscando por todas partes.

Autor – ¿Ah, sí?

Asistente – Nos dio un susto, ¿sabe? Pensamos que había desaparecido para siempre...

Autor – Empieza a asustarme usted a mí. Dios, ¿está segura?

Asistente – En todo caso, es lo que dice su tarjeta de visita...

Autor – Por lo general, son los locos los que se creen Dios, ¿no?

Asistente – Espere un minuto... ¿Usted se cree Dios? ¿O es Dios?

Autor – Ni uno ni otro, creo.

Asistente – Pero si dice Dios en su tarjeta de visita...

Autor – Tal vez es simplemente mi nombre.

Asistente – ¿Su nombre?

Autor – ¡Mi apellido! Y es usted la que me confunde con Dios... En ese caso, los verdaderos locos seríais vosotros.

Asistente – Vamos... No sea tan modesto... Si este lugar fuera un manicomio, usted sería el director, se lo aseguro...

Autor – No sé si eso es muy tranquilizador...

El director regresa.

Director – Tampoco hay nadie en el lado izquierdo... Aparte de unos cuantos fantasmas de escritores. ¿Y usted?

Asistente – ¡Sí, ya lo encontré!

Director – ¿No? Entonces, ¿es usted? Empezábamos a preocuparnos... ¡Le hemos buscado por todas partes!

Autor – Estoy aquí, tranquilos... Pero a veces tengo lagunas. Por cierto, ¿dónde estamos exactamente?

Director – ¿Dónde? Pero vamos... Entonces, ¿no se acuerda?

Autor – ¿De qué?

Director – Pero, al menos, ¿se acuerda de quién es?

Autor – No.

Asistente – ¡Pero usted es un autor muy famoso!

Autor – ¿Un autor?

Director – ¡Un dramaturgo! ¿Qué digo? ¡Un demiurgo!

Asistente – ¡Si estamos todos aquí, es gracias a usted!

Director – Y estamos todos a su servicio.

Autor – Famoso... ¿Quiere decir que... la gente me conoce, mientras yo no me conozco a mí mismo?

Asistente – ¿Si le conocen? ¡Le tienen un auténtico culto! ¡Es su ídolo! ¡Su Dios!

Autor – No me acuerdo de nada.

Director – Nadie le ha olvidado, créame.

Autor – Pues a mí me pasa que a veces me olvido de mí mismo...

Asistente (*en un aparte al director*) – No parece que tenga mucha fe, la verdad.

Director – "Conócete a ti mismo y conocerás el universo y los dioses", claro...

Asistente – Si Dios no se conoce a sí mismo...

Director – Te lo dije... Crisis de fe...

Asistente – Es triste de ver.

Director – Y sobre todo, muy peligroso.

Asistente – ¿Peligroso?

Director – Si él escribió esta obra...

Asistente – ¿Qué obra?

Director – ¡La obra en la que estamos actuando!

Asistente – ¿Él? ¿Estás seguro?

Director – A decir verdad... Ya no estoy seguro de nada...

Asistente – Era lo que temía... Debe ser contagioso...

Director (*al autor*) – No recuerda quién es, pero... ¿recuerda algo de la obra, verdad?

Autor – La obra...

Asistente – No necesariamente los detalles de la trama o todos los diálogos, pero, no sé... Al menos, la idea general de la historia.

Autor – Hace mucho tiempo que no tengo ideas para una obra. Pensé en escribir mis memorias, pero...

Director – Sí, cuando uno es amnésico, escribir sus memorias...

Autor – ¿Cree que se podría vender? Si dice que era famoso...

Asistente – ¿Vender tus memorias cuando pierdes la tuya...?

Director – Después de todo... alguien podría escribir su autobiografía por él.

Asistente – ¿Te refieres a un escritor fantasma?

Director – De hecho, he visto algunos buscando trabajo entre bastidores...

Asistente – Una autobiografía escrita por un escritor fantasma... Bueno, ¿por qué no...?

Autor – ¿Mi autobiografía? Admito que me gustaría leerla.

Director – Quién sabe, tal vez al leerla, recupere la memoria.

Asistente – Sí... Pero encontrar un escritor fantasma para escribir la vida de un autor amnésico con la esperanza de que recupere la memoria...

Director – Y que pueda darnos el texto de la obra en la que estamos actuando...

Asistente – Eso podría llevar un poco de tiempo...

Director – En efecto.

Asistente – Y esto... pronto va a salir mal, ¿no?

Director – ¿Lo crees?

Asistente – Incluso los espectadores han perdido la fe... ¡Mira!

El director y la asistente se giran hacia el público.

Director – Tienes razón... Ellos también han perdido la fe en este espectáculo.

Asistente – Incluso veo a uno o dos echándose una siesta. Como el domingo en misa.

Director – Por ahora, el que estamos perdiendo es al autor...

Se giran hacia el autor, todavía completamente desorientado.

Asistente – Dios... Más bien parece un vagabundo, ¿no?

Director – O peor...

Asistente – ¿Peor?

Director – Un extranjero en situación irregular.

Asistente – Y no estás tan desencaminado... Le pedí sus papeles, y solo tiene una tarjeta de visita.

Director – ¿Y si no es realmente el autor de la obra, sino solo un personaje, como nosotros?

Asistente – ¿Un personaje...?

Director – ¡Un personaje de autor! ¡Otro impostor más! Quizás solo sea Dios en esta obra... ¡que nadie ha escrito todavía!

Asistente – Ah, ya veo... Bueno, en realidad, no mucho... Todo esto empieza a volverse un poco confuso...

Director – Lo llevaré a la memorioteca. Mientras espera a que le vuelva la memoria, siempre puede leer la biografía de otra persona, tal vez le inspire.

Asistente – Pues sí, porque esto empieza a ser urgente...

Director – Ven conmigo, amigo... Ya verás, la vida de algunas personas es a veces mucho más emocionante que la del propio Dios...

El director se va con el autor.

Una mujer, la actriz, llega y se acerca al mostrador detrás del cual está la asistente. Está vestida de manera muy convencional y lleva una maleta en la mano.

Asistente – Buenos días, señora. No nos conocemos, ¿verdad? ¿Es usted residente de nuestro establecimiento?

Actriz – No.

Asistente – Veo que tiene una maleta... Entonces debe ser para un ingreso, ¿no?

Actriz – ¿No ha visto mi gato?

Asistente – ¿Un gato? Ah, no, lo siento. Y le advierto que aquí no se permiten animales.

Actriz – ¿No le gustan los gatos?

Asistente – No dije que no me gustaran los gatos, dije que no se permiten animales en este establecimiento.

Actriz – ¿Sabía que en el antiguo Egipto, los gatos eran considerados animales sagrados?

Asistente – Si usted lo dice...

Actriz – Protegían la casa contra los malos espíritus.

Asistente – No lo sabía. Pero es cierto que incluso hoy en día protegen la casa contra los ratones.

Actriz – Los gatos estaban asociados a una diosa que tenía cabeza de felino. Era la diosa del placer y la fertilidad.

Asistente – Además, resulta que soy alérgica al pelo de gato...

Actriz – Siempre he desconfiado de la gente a la que no le gustan los animales...

Asistente – Tampoco me gustan los viejos, pero no se preocupe, todos son bienvenidos en esta casa. ¿En qué puedo ayudarle, querida señora?

Actriz – Estoy buscando a mi marido.

Asistente – Pensé que buscaba a su gato.

Actriz – También puede llamarme loca, ya puestos...

Asistente – ¿No me dijo que buscaba a su gato?

Actriz – Sí.

Asistente – Y supongo que su marido no es un gato.

Actriz – Sería mucho más fácil, créame.

Asistente – ¿Más fácil? ¿Para quién?

Actriz – Mi marido está alojado en este establecimiento. Vengo a visitarlo. Con mi gato.

Asistente – Desafortunadamente, se lo repito...

Actriz – Los gatos no se permiten en este establecimiento, lo sé, leí el reglamento antes de venir. Por eso metí al gato en la maleta.

Asistente – ¿Un gato en una maleta?

Actriz – Al llegar aquí, abro la maleta y veo que el gato se ha escapado.

Asistente – Pero, señora, ¿quién es su marido?

Actriz – Es un autor de teatro.

Asistente – ¿Ah, sí?

Actriz – Está teniendo algunos problemas de memoria últimamente. La última vez que lo vi, parecía un poco deprimido. Incluso diría desilusionado. De hecho, ni siquiera recuerda que está casado conmigo.

Asistente – Así que ha venido para refrescarle la memoria, por así decirlo.

Actriz – En realidad... ni siquiera estoy del todo segura.

Asistente – ¿No sabe si está casada con él o no?

Actriz – Estoy segura de que celebramos nuestra boda. Pero no recuerdo si fue en la iglesia o en un escenario.

Asistente – Es cierto que las iglesias se parecen mucho a los teatros... Excepto que la obra siempre es la misma y el espectáculo no es muy emocionante.

Actriz – Soy actriz, ¿sabe? En mi vida, he interpretado miles de papeles. Y a mi edad, tiendo a no distinguir la realidad de la ficción. Lo verdadero de lo falso...

Asistente – Entiendo... Yo misma...

Actriz (*interrumpiéndola*) – Cuando era joven, por supuesto, casi todas las obras que interpretaba terminaban en matrimonio. Me he casado con cientos de hombres a lo largo de mi larga carrera. Príncipes, principalmente... Muchos militares... Algunos pastores... Tres bomberos... Dos informáticos... Un asesino en serie... ¡Y hasta un cura!

Asistente – Vale, pero no estoy segura de...

Actriz – También he muerto más de un centenar de veces.

Asistente – ¿Muerto?

Actriz – Por eso ya no sé si ese hombre es realmente mi marido. Y si realmente es mi esposo, me pregunto si no será viudo.

Asistente – ¿Viudo...?

La actriz abre la maleta, que está vacía.

Actriz – De lo que estoy absolutamente segura es de que el gato ya no está en la maleta...

Asistente – Doy fe... Esta maleta está tan vacía como la tumba de Cristo justo antes de su resurrección.

El director regresa.

Director – Le di una Biblia para leer. Deberíamos estar tranquilos por un buen rato... Buenos días, señora. ¿En qué podemos ayudarla?

Asistente – De hecho, esta señora cree ser la esposa del autor.

Director – Vaya... No sabía que estaba casado... Pero dices que ella no está completamente segura... Sin embargo, la señora lleva un anillo de bodas...

Actriz – Quizá sea falso.

Director – ¿Falso?

Actriz – ¡Un accesorio de teatro!

Asistente – La señora es una actriz... jubilada.

Actriz – Sepa, señorita, que una actriz nunca está desempleada ni jubilada. Está disponible para una nueva propuesta, que será el papel de su vida.

Director – Tiene razón, querida señora. Lo importante es creer en ello. De lo contrario, todo se derrumba... (*En un aparte a la asistente*) Encuentra un camerino para esta loca, que recupere la cordura mientras encontramos un papel para ella. Porque mientras no tengamos el texto de la obra...

Asistente – Claro, el mundo es un casting gigantesco. Los actores se agolpan en recepción para hacer la audición. Los más afortunados conseguirán un papel principal. Otros, secundarios. Pero la mayoría solo harán de figurantes...

Director – Haría falta que tuviéramos el guion de la película.

Asistente – ¿No era una obra de teatro?

Director – Una película, una obra de teatro... Pero es una metáfora. ¡Es una obra simbolista, no? No una comedia de enredos... Bueno, creo...

Asistente – Querida Magdalena, si es tan amable de seguirme...

Actriz – ¿Magdalena? ¡Pero yo no me llamo Magdalena!

Asistente – Aquí, la llamaremos Magdalena...

La asistente se va con la actriz.

Director – Es curioso, me pareció ver un gato hace un momento... Sin embargo, los animales están estrictamente prohibidos en este establecimiento. *(Se dirige al público)* ¿Sabían que en el antiguo Egipto...? Sí, creo que ya se lo han dicho, ¿verdad? Por cierto... Si alguno de ustedes tiene el guion de la obra... No...? ¿Alguien que haya venido ayer, tal vez...? No, claro... Tampoco hay que exagerar... Bueno, si se acuerdan, no duden en decírmelo, ¿eh...? *(Para sí mismo)* Ya no teníamos apuntador y ahora si no hay autor para escribir la obra... Bueno, ¿en qué estaba...? Ah, sí, en este momento, yo salgo... Bueno, creo... Salgo... Sí, pero ¿salgo por el lado izquierdo o por el lado derecho...?

Sale.

El autor llega con un dispositivo que parece un detector de metales. Barre el suelo meticulosamente. La actriz llega detrás de él, con un detector similar, y realiza el mismo ejercicio con igual seriedad. El autor no parece sorprendido de ver a la actriz y la ignora. Ella también lo ignora. Continúan sus búsquedas por un rato, sin resultados aparentes, hasta que se encuentran cara a cara.

Actriz – Ah, perdón, no le había visto...

Autor – No se preocupe.

Deciden hacer una pausa.

Actriz – ¿Busca algo en particular?

Autor – He perdido la fe. ¿Y usted?

Actriz – He perdido a mi gato.

Autor – Ah, claro...

Actriz – ¿Y la ha encontrado?

Autor – ¿Su gata?

Actriz – ¡La fe!

Autor – No, lamentablemente.

Actriz – Ah...

Autor – He encontrado un calcetín.

Actriz – ¿Un calcetín?

Autor – Un calcetín con un agujero.

Actriz – Es mejor que nada.

Autor – Si encuentra el segundo...

Actriz – ¿El segundo?

Autor – ¡El segundo calcetín!

Actriz – Ah, claro...

Una pausa.

Autor – ¿Alguna vez ha encontrado algo que valga la pena?

Actriz – Una tijera, hace una semana.

Autor – Ah, claro. ¿Y qué se puede hacer con una tijera...?

Actriz – Me corté la barba. ¿Y usted?

Autor – Encontré una pieza, hace un rato.

Actriz – ¿Una pieza? ¿Quiere decir... una pieza de teatro?

Autor – ¡Una moneda!

Actriz – Ah, claro... No, porque soy actriz y... justo ahora estoy buscando un papel.

Autor – No con un detector de metales, me imagino...

Actriz – Quién sabe... ¡Si es un papel de oro!

Sonrisas algo forzadas.

Autor – Entonces, tampoco ha encontrado nunca un tesoro.

Actriz – No. ¿Y usted?

Autor – Aparte de esta pieza...

Una pausa.

Autor – A veces me pregunto si vale la pena perseverar.

Actriz – ¿Qué se le va a hacer...? No hay opción. Hay que seguir creyendo, si no...

Autor – Si no, tendríamos la sensación de que nos han timado comprando estos aparatos.

Actriz – Aparte de algunos iluminados, ningún creyente verá a Dios en vida, pero aun así, todos esperan encontrarlo después de la muerte.

Autor – Tiene razón... Hay que mantener la fe.

Actriz – Y cuando la pierdes, hay que intentar recuperarla.

Autor – De hecho, me pondré a ello.

Actriz – ¿Ya ha mirado hacia el lado izquierdo?

Autor – También hacia el lado derecho.

Actriz – Vamos a comprobar de todas formas, por si acaso...

Vuelven a buscar, hasta que salen por las bambalinas.

La asistente regresa. Estornuda.

Asistente – Estoy segura de que hay un gato cerca... No he parado de estornudar desde hace un rato...

Sale.

El director regresa y, al no ver a nadie, parece dudar.

Director – Ups... Creo que he entrado demasiado pronto... O demasiado tarde...
Disculpen...

Sale.

El autor y la actriz vuelven.

Autor – Creo que es mi día de suerte. Encontré un anillo.

Actriz – A ver... Ah, sí... ¿Es de oro?

Autor – Parece.

Actriz – Quizás sea una alianza.

Autor – ¿Una alianza?

Actriz – Eso parece.

Autor – En cualquier caso, no es la suya, porque ya lleva una en el dedo.

Actriz – Quizás sea la suya.

Autor – ¿Usted cree?

Actriz – Usted no lleva alianza.

Autor – Es cierto.

Una pausa.

Actriz – ¿No será usted mi marido por casualidad?

Autor – ¿Por casualidad?

Actriz – En ese caso, eso significaría que usted no es viudo y que yo no estoy muerta...

Autor – Quién sabe...

Actriz – O que estamos muertos los dos.

Autor – Sí...

Actriz – ¿Y cómo se llama usted?

Autor – No lo sé.

Actriz – ¿Tiene algún documento de identidad?

Autor – Tengo una tarjeta de visita.

Se la entrega.

Actriz (*leyendo*) – Dios...

Autor – Si usted es mi esposa, ¿eso la convertiría a usted en una diosa?

Actriz – Eso, en cambio, no me sorprendería del todo...

Ella le toma del brazo. Él se sorprende un poco. Salen del brazo.

El director regresa. Se gira para, se supone, ver salir a la pareja anterior. La asistente también llega.

Director – Ah, te estaba buscando...

Asistente – ¿Quiénes eran esos dos?

Director – No lo sé, pero parece que ellos sí se encontraron.

Asistente – Sus caras me suenan vagamente... Tenían un aspecto un poco sospechoso, ¿no?

Director – ¿Qué te hace pensar eso?

Asistente – Tenían caras de asesinos.

Director – Sabes... algunos asesinos tienen caras de ángeles.

Asistente – Sí, pero también hay asesinos que tienen caras de asesinos...

Director – Prefiero pensar que no tenían el físico para ese papel.

Asistente – Claro...

Director – Hay actores secundarios que interpretan a lo largo de toda su vida a asesinos en serie porque tienen caras de psicópatas. Y sin embargo, están perfectamente cuerdos y nunca han matado a nadie en su vida.

Asistente – Como quien dice, a veces tener cara de asesino ayuda a conseguir trabajo.

Director – Digamos que tenían solo un aspecto desagradable. Cuando no sabes y tienes que elegir, siempre es mejor optar por la hipótesis más tranquilizadora.

Asistente – Tienes razón. Dado que no podemos hacer nada... ¿Por qué ver lo malo en todas partes?

Director – Por eso inventamos a Dios, ¿verdad? Y preferimos creer que nuestro creador tiene buenas intenciones para con nosotros.

Asistente – Aunque Dios bien podría ser un peligroso psicópata.

Director – No nos protege de nada, pero mientras todo vaya bien, siempre podemos rezar para que siga así.

Asistente – Dando gracias a Dios por no infligirnos todas las penas que impone diariamente a la mayor parte de la Humanidad.

Director – Y si por mala suerte un día nos cae algo en la cabeza, siempre podemos dar gracias a Dios de que no sea un bloque de cemento.

Asistente – Nos tranquilizamos como podemos... Los niños tienen un peluche o un amigo imaginario.

Director – Con tal de que no lo pierdan.

Asistente – Por cierto, ¿cómo está nuestro autor?

Director – Ha terminado de leer la Biblia. Un poco por encima, me temo. Tengo la sensación de que casi se le cae de las manos.

Asistente – Es un tocho bastante grande, la verdad.

Director – Le he dado algunos golpes en la cabeza para que lo asimile mejor, pero aún así no recuerda nada. Y no parece que le esté inspirando mucho.

Asistente – Siempre he pensado que si Dios pudiera leer la Biblia, probablemente lo encontraría muy aburrido...

Director – En todo caso, no le ha devuelto la fe...

Asistente – Y cuando Dios ya no cree en sí mismo...

Director – Cuando el creador ya no cree en su creación...

Asistente – Cuando el autor ha perdido la inspiración...

Director – Cuando los actores no tienen el guion de la obra...

Asistente – Cuando los espectadores empiezan a mirar el reloj.

Director – Y algunos incluso empiezan a quedarse dormidos.

Asistente – Estamos al borde del abismo.

Director – ¿No se sustenta nuestro mundo entero en la creencia?

Asistente – Piensa en el dinero. Vas a una tienda, llenas tu carrito y al salir entregas unos trozos de papel que supuestamente valen tanto como todo lo que has cogido.

Director – A eso se le llama moneda fiduciaria.

Asistente – Porque su valor se basa en la fe.

Director – La certeza, para aquel que recibe esos billetes a cambio de sus productos, de que podrá volver a intercambiarlos por otros objetos de igual valor.

Asistente – El crecimiento económico también se genera por la confianza.

Director – Compramos porque esperamos obtener un aumento de sueldo de nuestro jefe, y conseguimos ese aumento porque la maquinaria económica está impulsada por nuestras compras, porque el desempleo está en mínimos y la mano de obra escasea.

Asistente – A eso se le llama profecías autocumplidas.

Director – Lo mismo sucede en la Bolsa. Compramos acciones porque pensamos que el precio va a subir... Y porque las compramos, hacemos subir los precios.

Asistente – Es decir, cuando la gente está desanimada, el crecimiento y la Bolsa se resienten.

Director – Así cómo el índice de natalidad.

Asistente – Todo el sistema se basa en la fe.

Director – Bastaría con que alguien en algún momento deje de creer para que se rompa la cadena y todo el sistema se derrumbe.

Asistente – Con el matrimonio pasa lo mismo.

Director – Es un contrato de confianza.

Asistente – Intercambias tus votos delante de dos testigos.

Director – Dices un simple sí.

Asistente – Y ya estás condenado a la monogamia para el resto de tu vida.

Director – Pero hombres y mujeres son como calcetines. No es fácil mantenerlos en pareja después de varios lavados.

Asistente – Sin embargo, siempre guardamos la esperanza de que el calcetín que se ha perdido aparecerá algún día.

Director – Mantenemos la fe. Seguimos haciendo girar la máquina con calcetines huérfanos.

Asistente – Hasta el día en que decidimos llevar calcetines desparejados.

Director – Para finalmente comprar otro par de calcetines... con la esperanza de que esta vez sí se mantendrán juntos para toda la vida.

Asistente – La vida es una obra de teatro. Si uno de los personajes deja de creer y se niega a interpretar su papel...

Director – Si el director denuncia lo absurdo de la obra.

Asistente – Peor aún, si el autor mismo ha perdido la fe.

Director – Hasta el punto de haber olvidado escribir el guion.

Asistente – Todo se desmorona.

Director – Sus personajes comienzan a vagar como almas perdidas... y el público deja de creer.

Asistente – La prueba de la existencia del autor son sus obras.

Director – Como la prueba de la existencia de Papá Noel son los regalos que nos trae.

Asistente – Mientras todo el mundo lo crea, está bien...

Director – Pero Dios no nos hace regalos.

Asistente – En todo caso, no a todo el mundo.

Director – Dios es Papá Noel sin regalos. Aun así, seguimos venerándolo por miedo a que venga a confiscarnos los pocos regalos que hemos recibido indebidamente de un Papá Noel que no existe.

Asistente – Pero si la gente pierde la fe...

Director – Si un día el Mesías regresara a la Tierra para anunciarnos que Dios Padre no existe.

Asistente – Que él mismo está deprimido, que ya no cree en nada...

Director – Y ni siquiera está seguro de quién es realmente.

Asistente – Aparte, tal vez, de ser hijo de uno de los Reyes Magos.

Director – Sin saber exactamente cuál.

Asistente – Sería el fin del mundo...

El autor llega, en pantalón corto, con calcetines agujereados y desparejados. Lo miran fijamente.

Autor – ¿Qué? ¿Qué pasa...?

Director (a la asistente) – No podemos seguir tolerando esto más.

Asistente – Es obvio.

Director – ¡Ve a buscar el aparato!

Asistente – Voy...

Ella sale.

Director – Acuéstate ahí, amigo...

Autor – Pero no estoy enfermo, les aseguro... Me siento muy bien. Acabo de encontrar a mi esposa...

Director – Todo saldrá bien, ya verás...

El autor, preocupado, se acuesta en el mostrador. La asistente regresa con uno de los dos detectores de metales, que entrega al director. El director pasa el detector sobre el cuerpo del autor acostado, comenzando por los pies.

Asistente – Entonces, ¿qué?

Director – Ya puedo decirles que sus calcetines son desaparejados...

Asistente – No es una muy buena señal... ¿Y luego?

El director aplica el detector en la mano del autor.

Director – Y que lleva un anillo en la mano izquierda.

Asistente – Nos acaba de decir que encontró a su esposa.

Director – ¿Crees que está mintiendo?

Asistente – Incluso si ahora recuerda que está casado, no significa que haya recuperado la fe en la institución del matrimonio.

El director aplica el detector en la cabeza del autor.

Director – Y este aparato, a pesar de ser muy sensible, no detecta ningún rastro de valor moral ni verdad eterna en este cerebro enfermo.

Asistente – Al mismo tiempo, el trabajo de un autor es inventar historias...

Director – Difícil separar la verdad de la mentira en un cerebro así...

Asistente – Lo que ha inventado puede ser lo más cierto de todo lo que tiene en la cabeza...

Director – Ah, creo que oí un pitido...

Asistente (*al autor*) – Abre la boca... (*Él abre la boca y ella se inclina para mirar adentro*) Es un diente de oro...

Director – Puedes cerrar la boca, amigo.

La asistente da un salto hacia atrás, tapándose la nariz.

Asistente – ¡Podrías haberme avisado! Casi me corta la nariz...

Director – Lo siento, yo...

Asistente – ¿Qué hacemos con esto?

Director – No nos queda otra opción... Hay que neutralizar este elemento subversivo, que pisotea todos nuestros valores y desmoraliza a los residentes de esta noble institución.

Asistente – ¿Lo crees?

Director – No te muevas de aquí, amigo...

El director y la asistente salen. El autor se incorpora.

Autor (*al público*) – Según parece, yo sería el autor. ¿Se lo pueden creer? Bueno, el autor... El personaje del autor, en la obra. Porque el autor, el verdadero... Ustedes entenderán que él no está aquí. ¿Acaso existe siquiera? En todo caso, nadie nunca lo ha visto por aquí. Así que me eligieron a mí para el papel. ¡Pero no conozco esta obra! Se supone que debería dar algo de dirección a esta historia sin pies ni cabeza. Debería soplar las líneas a los demás. Y como soy incapaz de hacerlo... ¡me lo reprochan! ¡Eh, yo no pedí nada! ¿Por qué, entre todos los hombres, me eligieron a mí para ser Dios? ¡Dios no existe! Bueno, sí, pero... lo inventamos nosotros. Para consolarnos. Para dar algo de sentido a esta absurdidad. Y no es tarea fácil... Porque, en verdad, el Hombre sigue atrapado en esta envoltura de carne que es su refugio y su prisión. Solo puede vislumbrar el Universo a través de las rendijas de este sarcófago espacio-temporal, enterrado en el fondo de un laberinto dentro de una pirámide sin aberturas. Esta visión limitada del mundo lo llevó a imaginar religiones a su medida, planteando la pregunta ingenua del origen, del principio, de una creación ex nihilo, de un creador y, por ende, de un dios. En busca de una respuesta simple a un problema que lo sobrepasa, el Hombre prefiere quedarse con la única pregunta que puede concebir, pero que no tiene sentido – ¿quién creó lo que siempre ha estado ahí? - antes de aceptar con claridad que la parte nunca podrá comprender el todo. El Hombre quiere explicar el origen y el propósito del Universo a través de sus propias limitaciones, las del comienzo y el final de su existencia individual, olvidando que la vida y la muerte en general se suceden en un ciclo perpetuo. Si la eternidad no tiene final, ¿cómo podría tener principio? Si nada se crea y todo se transforma, ¿cómo puede el todo proceder de la nada? En el ilusorio intento de comprender el mundo, el Hombre lo rediseña a su imagen. Pero el Hombre nunca podrá comprender el mundo. Es el mundo el que lo comprende a él. Dios no creó el Universo. El Hombre creó este mito para darle sentido a su vida. Se aferra a él como un naufrago a un tablón de salvación. Pero cuando la creación se hunde en el océano del sinsentido, el creador se ahoga con ella.

La actriz regresa, todavía con su maleta.

Actriz – ¡Jesús! ¿Eres tú?

Autor – ¿Jesús?

Actriz – Cuando nos conocimos, te llamabas Jesús, ¿no te acuerdas?

Autor – No.

Actriz – Me acabo de acordar. Debo decir que en aquella época, llevabas barba, como yo...

Autor – De todos modos, tienes que ayudarme. Creo que esas personas quieren atentar contra mi vida...

Actriz – ¿Ayudarte? ¿Pero cómo?

Autor – ¡Sacándome de aquí lo antes posible!

Actriz – Desafortunadamente, una vez aquí, ya no se sale. O te sacan con los pies por delante.

Autor – Pero, ¿dónde estamos exactamente?

Actriz – Las opiniones varían un poco al respecto. Pero la mayoría de las personas sensatas coinciden en que es un manicomio.

Autor – ¿Y usted también es residente?

Actriz – Por ahora, solo estoy de visita.

Autor – Debe haber alguna manera de escapar...

Actriz – Por desgracia, tienen ojos por todas partes. Aparte de mi maleta, no veo otro lugar...

El autor mira la maleta.

Autor – Para entrar ahí, tendría que ser contorsionista...

Actriz – O ser un gato. De hecho, en el antiguo Egipto...

Autor – Sí, lo sé, se supone que fui yo quien escribió la obra... Pero ahí vienen, no podemos quedarnos aquí, Magdalena...

Ella sale.

El director, todavía con sotana, y la asistente, con uniforme militar y una venda en la nariz, regresan con semblante grave.

Director – Por desgracia, tras una larga deliberación...

Autor – ¡Se fueron hace apenas cinco minutos!

Asistente – Hemos decidido que no podemos permitirle sembrar la duda en las mentes de los fieles de nuestra santa congregación.

Director – Porque si solo la fe salva, entonces la duda puede arrojarnos a todos al abismo del sinsentido, al borde del cual nos esforzamos por sobrevivir aferrándonos a algunas certezas elementales.

Asistente – Como el valor del trabajo y del dinero.

Director – La tasa de crecimiento y el índice Nasdaq.

Asistente – La confianza del consumidor y el matrimonio monógamo.

Director – La moral de las tropas y las fronteras reconocidas por la ONU.

Asistente – Todos esos valores que usted pisotea sin vergüenza...

Director – Cuando teníamos tan grandes esperanzas en usted.

Asistente – Sea como sea, necesitamos un chivo expiatorio, y su destino está sellado.

Autor – ¿Mi destino?

Director – Hemos emitido nuestro veredicto, con ejecución inmediata. Debe aceptar el sacrificio supremo.

Asistente – Pero tampoco somos monstruos. Organizaremos una pequeña ceremonia para que tenga un poco más de estilo.

Director – Y después de su muerte, honraremos su memoria todos los domingos, lo prometemos.

Asistente – Todos los domingos, o sea, todos los días. Porque aquí, todos los días son domingo.

Director – Incluso diría que todos los días son Navidad.

Asistente – Le erigiremos una estatua. Organizaremos peregrinaciones.

Director – Incluso podrá hacer algún milagro de vez en cuando, si le apetece.

Asistente – Y, por supuesto, tiene derecho a confesarse antes de rendir su alma a... A su sucesor.

El director se pone a un lado del mostrador y el autor al otro. La asistente sale después de golpear sus talones.

Director – Es el momento de confesar sus pecados y expiar sus faltas. Le escucho. Se sentirá aliviado, ya verá.

Autor – El escepticismo me consume, lo admito.

Director – A mí también me pasa a veces, ¿sabe? Pero yo no soy Dios... Y no dicen que la fe mueve montañas?

Autor – La fe mueve montañas... pero las reemplaza con pirámides.

Director – ¿Pirámides? Solo conozco las de Egipto, y la Esfinge que las custodia. La esfinge, ¿sabe? Ese gran felino que perdió la nariz. Por cierto, casi le corta usted la nariz a mi asistente antes...

Autor – Me refiero a ese sistema piramidal que utilizan los mayores estafadores financieros para despojar a sus víctimas. El estafador promete remuneraciones deslumbrantes y se embolsa el dinero de los inversores más ingenuos, pagando los intereses de los primeros depositantes con las aportaciones de sus nuevas víctimas.

Director – ¿Y... funciona?

Autor – ¡A la perfección! Siempre que todos lo crean y el número de inversores aumente exponencialmente. Básicamente, siempre que la pirámide amplíe su base lo suficientemente rápido para satisfacer los intereses de los que están en la cima. El sistema colapsa cuando se instala la duda y ya no entran suficientes nuevos fondos.

Director – Y entonces la pirámide se desmorona...

Autor – La religión se basa en el mismo principio, pero como nadie regresará jamás del más allá para decir que el paraíso y el infierno solo existen en la Tierra, y que no hay más Dios en el Cielo que aquí abajo, mientras haya personas que crean en ello, el fraude persiste indefinidamente. Y los estafadores nunca son desenmascarados.

Director – ¿Está comparando a nuestro Papa con un estafador?

Autor – ¡Es el mayor estafador de todos los tiempos! Mire todas las riquezas acumuladas en el Vaticano...

Director – Entonces, ¿por qué la gente sigue creyendo en Dios?

Autor – Multimillonarios graduados de las mejores universidades confían su fortuna a un estafador, que les promete rendimientos milagrosos, con la esperanza de amasar unos millones más de los que no tienen ninguna necesidad. ¿Cómo no iban a querer creer los desheredados de la Tierra en los cuentos de quienes les prometen el paraíso después de la muerte para disuadirles de reclamar aquí en la Tierra lo mínimo para vivir? Porque, por supuesto, muchos explotadores tienen interés en perpetuar este sistema porque se benefician de él.

Director – Pero eso es monstruoso...

Autor – No podría estar más en lo cierto... Cuando creas un monstruo, siempre termina por escapar a su creador y devorar todo a su paso... incluso a los que lo crearon. En algún momento, el sistema funciona por sí mismo, se impone a todos y lleva al conjunto del planeta hacia su ruina.

Director – ¿Pero cómo detener esta máquina infernal...?

Autor – Ponerlo todo en duda ya es un acto de rebelión saludable. Para que mañana las pirámides nos sirvan como trampolines hacia las estrellas en lugar de tumbas sin ventanas.

La asistente llega.

Asistente – ¿Ya ha confesado?

Director – Bueno, es que... El escepticismo me consume también a mí...

Asistente – Veo que lo ha contagiado... ¡Apliquemos la sentencia sin demora, antes de que la desmoralización se apodere de todos nosotros!

Autor – ¿Y por qué motivo estoy condenado?

Asistente – ¡Por ateísmo!

Autor – Pero si dicen que soy Dios...

Asistente – Eso es lo que agrava su caso.

Director – ¡Ya no cree en sí mismo!

Asistente – Habíamos depositado nuestro destino en sus manos, y ha vuelto a traicionar nuestra confianza.

Director – Y además, es cierto que, por otro lado... la primera religión del mundo se basa en un deicidio, ¿verdad?

Asistente – Inventamos a los dioses para llenar ese vacío que nos rodea más allá de nuestros muros internos. Con la esperanza de vislumbrar algo en los intersticios... ¿Y nos dice hoy que no hay nada más allá que el reverso de la moneda?

Director – ¿Que Dios juega a cara o cruz?

Asistente – ¿Que el universo se engendra a sí mismo en un ciclo sin fin y sin finalidad, apuntando solo a realizar la infinitud de los posibles?

Director – Lo mejor de los mundos como lo peor...

Autor – De hecho, los dioses como los autores se realizan explorando todas sus potencialidades.

Asistente – Por eso, cuando se quedan sin imaginación, deben desaparecer para dejar lugar a otros que puedan explorar otras realidades.

Director – ¡Pues aquí lo tiene! ¡Es por una buena causa! ¿Reconozca al menos que estaba al final de su cuerda, no?

Asistente – Vuelva a su celda, ahora. Tome, aquí tiene la llave. Y no olvide cerrar detrás de usted.

El autor sale.

Director – ¿No temes que se escape?

Asistente – ¿A dónde podría ir?

Director – Es verdad...

Asistente – Lo ejecutaremos mañana por la mañana al amanecer.

Director – ¿Por qué no ahora?

Asistente – No sé. Las ejecuciones siempre son al amanecer, ¿no?

Director – Tienes razón... Mejor seguir la tradición. ¿Qué día será mañana?

Asistente – Domingo.

Director – El domingo es tan aburrido... Una pequeña ejecución, distraerá un poco a nuestros internos.

Asistente – En ese caso, vamos a descansar un poco. Mañana tendremos que encontrarle un sustituto.

Director – ¿Y por qué no un gato?

Asistente – ¿Un gato?

Director – ¿Sabes que en el antiguo Egipto los gatos eran considerados animales sagrados?

Asistente – Los propios faraones veneraban a una diosa con cabeza de felino.

Director – Y al menos los gatos ya están convencidos de ser dioses.

Asistente – A diferencia de este autor degenerado que empieza a dudar de sí mismo.

Director – ¿Conoces este chiste? Un perro y un gato se presentan ante San Pedro para entrar al paraíso. El perro confiesa sus pecados, jura que se arrepiente y suplica perdón. San Pedro se vuelve hacia el gato para permitirle que presente su caso. El gato mira a San Pedro, sentado en su trono, y le dice con altanería – "Estás sentado en mi sitio".

Asistente – Es cierto que los felinos tienen cierta predisposición para la divinidad...

Director – El león es el rey de la selva. Aunque vive en la sabana...

Asistente – Por desgracia, soy alérgica al pelo de gato.

Director – Elegiremos un gato sin pelo.

Asistente – ¿Un gato sin pelo?

Director – Se llama esfinge. Son originarios de México.

Asistente – Lo cual nos lleva de vuelta a las pirámides... y a ese gran gato al que le cortaron la nariz.

La actriz regresa con una máscara de gato. Lleva su maleta.

Actriz – El gato está muerto... Pero resucitó...

Ellos la miran, perplejos.

Actriz (*en un aparte a la maleta*) – ¿Estás bien ahí dentro?

Director – Vale, entonces será un gato...

La actriz sale. Salen detrás de ella. Una pausa. La actriz regresa con su maleta.

Actriz – Te lo dije. Una vez que entras, no sales nunca.

Coloca la maleta en el suelo y saca un mantel que coloca sobre el mostrador convertido en altar. El borde visible del mantel muestra un Ojo de Horus. Saca de la maleta una estatuilla egipcia de un gato divinizado y la coloca sobre el mantel en el centro del altar. Gira el cuadro que ahora la representa a ella misma con su máscara de gato, con un fondo de pirámides. Sale con la maleta. El director y la asistente, vestidos como faraón y faraona, vuelven y se colocan a ambos lados del mostrador. Se giran hacia el público.

Director – Vamos, ¡creamos!

Asistente – ¡Mantenemos la fe!

Se arrodillan con las manos juntas en actitud de recogimiento. Música sacra. Maullidos de gatos.

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en el sitio Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Naufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún critico en la sala?
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Bien está lo que mal empieza
Crisis y Castigo
El Rey de los Idiotas
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nochebuena en la comisaría
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
Aviso de paso
Breves del Tiempo Perdido
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa

Monólogos

Como un pez en el aire

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Aviñón – Abril de 2024

ISBN 978-2-38602-189-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.